

EL DESARME DE CALIBÁN

POR

TERESA BASILE

Universidad Nacional de La Plata

En este trabajo me interesa explorar el “desarme” del intelectual latinoamericano en el escenario de la posdictadura del Cono Sur, trazando una línea que va desde la figura del Calibán revolucionario de los sesenta hasta su desarme en los noventa. Colocamos el *desarme* como una de las alternativas que surge luego de la *derrota*¹ de la izquierda armada y del fin de las dictaduras de los setenta y ochenta, es decir, como una propuesta que se articula en el contexto de la apertura democrática de los noventa, en el cual se discuten tanto las herencias de la reciente violencia estatal como la derrota de la izquierda revolucionaria. Una de las preguntas que atraviesa este trabajo se refiere al modo en que la experiencia de la *derrota* dio lugar a nuevos debates y propuestas en el campo intelectual y literario de la posdictadura uruguaya: ¿Cuáles son los *saberes de la derrota*?

CALIBÁN EN ARMAS

Calibán—el ensayo de Fernández Retamar publicado en 1971—cifra en gran medida uno de los proyectos intelectuales emblemáticos de los sesenta en América Latina, en tanto traduce las demandas ideológicas e intelectuales de la Revolución cubana: en la defensa de los valores libertarios y revolucionarios, en la recuperación de zonas de la historia latinoamericana opacadas por la historia oficial, en la elección como signo de la identidad latinoamericana de la figura del mestizo y colonizado que Rodó ignoró en su ensayo *Ariel* (1900).

Pero también es posible leer *Calibán* como una *máquina de guerra* en el interior de las tensiones de la Guerra Fría en América Latina. Roberto Fernández Retamar captura en su ensayo las ideas en disputa y las facciones que articulan este conflicto. Enfrenta

¹ En esta línea, el presente artículo dialoga con el indispensable trabajo de Ana María Amar Sánchez en *Instrucciones para la derrota. Narrativas éticas y políticas de perdedores*, aunque aborda otro núcleo de significaciones que la “derrota” articula, aquel que se desarrolla en la posdictadura uruguaya en torno al *desarme*.

dos líneas de combate: las *externas* que procuran quebrar el modelo revolucionario y ofrecer una alternativa bajo la consigna del “Mundo Libre” esgrimida por la “Alianza para el Progreso” que fue creada en 1961 por el gobierno de John F. Kennedy, para contrarrestar la influencia de la revolución cubana en América Latina; y las disputas *internas* entre diversas posturas en el interior de quienes apoyan la Revolución cubana. Por un lado, Retamar denuncia los vínculos de la revista *Mundo Nuevo* dirigida por Emir Rodríguez Monegal, junto con las colaboraciones de Carlos Fuentes, Severo Sarduy, Guillermo Cabrera Infante y Juan Goytisolo, con la CIA y los intereses anticomunistas de Estados Unidos. Por el otro, interviene en las disputas internas entre las figuras del *intelectual comprometido* y del *intelectual revolucionario* que se desataron tempranamente con la prohibición del film de Sabá Cabrera, *P.M.* (1961), declarado “obsceno y contrarrevolucionario” por la Comisión de Estudio y Clasificación de Películas; con las palabras de advertencia de Castro a los intelectuales en la Biblioteca Nacional (conocidas como las “Palabras a los intelectuales”): “Dentro de la Revolución, todo: contra la Revolución, nada” (1961); con el posterior escándalo del caso Padilla (1968) y las cartas presentadas por los intelectuales a Fidel Castro. Todo lo cual fue marcando un escenario de batalla en la arena cultural, un terreno intelectual minado, un creciente clima antiintelectual.²

No es raro, entonces, que la polaridad *amigo-enemigo* constituya un principio estructural, argumentativo y discursivo central en el ensayo de Fernández Retamar. Define dos líneas dentro de la historia de América Latina opuestas, enfrentadas: por un lado, una historia y una cultura (y un intelectual) latinoamericana, la “legítima”, cuyo centro es Calibán, la figura emblemática del colonizado que resiste –el *objeto* de los sistemas opresivos pero también el *sujeto* de las luchas libertarias–. Es una cultura atenta a las peculiaridades de América Latina, es “anticolonialista” y “antiburguesa”, y sus representantes van de José Martí a Fidel Castro, pasando por Mariátegui y otros. En la otra vereda, se encuentra la cultura y la historia de la “Anti-América”, cuyos intelectuales –desde Sarmiento a Carlos Fuentes y Jorge Luis Borges– figuran como ideólogos de la “burguesía”, del “(neo)colonialismo”, caracterizados por su docilidad a las teorías foráneas. La historia de la Anti-América comienza con la Conquista europea y continúa con el sometimiento al capitalismo como una forma de dominio neocolonial, con los “oligarcas criollos” y con el “imperialismo”.

Aquella historia “legítima” es gestada, en cambio, por el “pueblo mestizo”, es la cultura de las “clases explotadas”, de los “oprimidos”, es la historia en la que grupos de “indígenas y africanos” tuvieron una fuerte agencia, como en la sublevación de Túpac Amaru en el Perú en 1780, o en la independencia de Haití en 1803; y es también la lucha de los “movimientos revolucionarios en varias de las colonias españolas de

² Véase Gilman, “Entre la pluma y el fusil”, y Mudrovic, *Mundo Nuevo*.



América iniciada en 1810 [...]” (Fernández Retamar, *Calibán*). Esta genealogía culmina en 1959 con la “llegada al poder de la Revolución cubana” y también con el triunfo de Allende en 1970.

Si la polarización de la Guerra Fría, por un lado, vertebra esta escisión de la cultura latinoamericana en dos genealogías enemigas; por el otro, da lugar a una retórica de combate, al empleo de un registro cercano a la arenga política (en la línea martiana de “Nuestra América”), próximo al discurso guerrillero en el manejo de una palabra casi oral, en la furia de las aseveraciones y afirmaciones, en la imposición de una verdad, en la ira con que rechaza a escritores que mostraran una nota de disconformidad con la Revolución, en fin, en la “violencia volcánica” que da con el tono del texto. Se trata de una lengua que recupera del Calibán de Shakespeare el “saber maldecir” y que trama una galería de intelectuales maldicientes, entre los cuales se encuentran José María Heredia, José Martí y Fidel Castro.

EL DESARME DE CALIBÁN: LOS SABERES DE LA DERROTA

Frente a este Calibán armado que habla desde del centro irradiante de la revolución cubana, ¿qué sucede en el contexto de los noventa cuando la posibilidad revolucionaria llega a su fin, cuando la derrota de la izquierda armada recorre el continente?

Las dos “olas” o “generaciones”³ del brote de la izquierda armada se inician con la entrada de Fidel a La Habana el 8 de enero de 1959 y llegan a su término a comienzos de la década de 1990, signada por varias derrotas. Así, el endurecimiento de la dictadura en Brasil en 1968 y los golpes de estado en Chile (1973), Uruguay (1973) y Argentina (1976), donde la brutal represión impulsada por las doctrinas de seguridad nacional aplasta a la guerrilla en el Cono Sur, cierran la primera ola. En cambio en el norte, la segunda ola encuentra en 1990 su fecha de cierre: así, entre varios ejemplos, el Ejército Guerrillero de los pobres (EGP) de Guatemala fue –junto con otros grupos– violentamente reprimido y quebrantado entre 1982 y 1983; o el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador firma en 1992 el Acuerdo de Paz que lo condujo a la legalidad como partido político; o el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua es derrotado en las urnas en 1990 frente a Violeta Chamorro. Asimismo, en 1992 es capturado Abimael Guzmán Reynoso, el principal cabecilla del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL). La desintegración del bloque socialista de la URSS y la caída del Muro de Berlín en 1989 golpearon también a la izquierda revolucionaria y provocaron un giro en el gobierno revolucionario cubano quien dio inicio en 1990 al denominado “Período Especial en Tiempo de Guerra”. La década de 1990 se abre, entonces, con otra perspectiva que

³ Véase Castañeda, *la utopía desarmada*.



recoloca a la izquierda armada latinoamericana –tanto aquella que ha sufrido la derrota por las armas como la que ha virado su política hacia la legalidad democrática– en el contexto internacional del derrumbe del bloque socialista y en el contexto local signado por una ola democrática y por los reclamos en favor de los derechos humanos que se hacen visibles con más fuerza en el escenario del Cono Sur con el fin de las dictaduras y las reaperturas democráticas.⁴

DESARME Y POSMODERNIDAD EN LA POSDICTADURA URUGUAYA: EL ENSAYO DE HUGO ACHUGAR

El ensayo del uruguayo Hugo Achugar, escrito en los inicios de la democracia, desarma desde los *saberes de la derrota* la figura del intelectual revolucionario, cuestiona sus narrativas redentoristas, interpela sus prácticas de discusión y confrontación, por un lado, y por el otro explora la violencia simbólica de la letra no sólo en el pasado reciente, sino en la historia entera del Uruguay.

La pulsión crítica y autocrítica de la *derrota* es la que aquí está en juego y no la pulsión nostálgica y melancólica de los ideales de la izquierda armada, ni el impulso que salta por encima de la experiencia de la derrota ya sea para resituar el pasado casi “intacto” en el presente o para minimizar, negar u olvidar la derrota con la mira en un futuro radicalmente otro. En cambio, la *pulsión crítica de la derrota* es un principio que se aboca a releer la historia nacional y a revisar sus imaginarios; activa una crítica genealógica y arqueológica que se vuelca al “origen” nacional como punto inicial de una revisión que se quiere radical, y procura refundar desde otras perspectivas y saberes la *imago* nacional pero sin olvidar la experiencia reciente. La derrota como principio potente y activo, productor de perspectivas e interpretaciones: los saberes de la derrota.

Uno de los debates intelectuales centrales de la posdictadura uruguayo se colocó en este lugar y desde allí se propusieron ciertas cuestiones como: (1) una deconstrucción de los *imaginarios nacionales* con los cuales se reconocían los uruguayos; (2) una recuperación de las alteridades periféricas, como los charrúas y los afrouruguayos; y (3) una relectura de la *historia uruguayo* a fin de desmontar el relato teleológico del progreso y la modernidad, y leer en su lugar las sucesivas dictaduras, genocidios, o políticas autoritarias del Estado.

Es, entonces, en este contexto interesado en hurgar entre los papeles de la historia y tantear la validez de sus relatos, en el cual Achugar va a contribuir a roturar ideas y acuñar imágenes, a intervenir con sus textos, a elegir temas, construir surcos en territorio uruguayo, a instaurar prácticas en la esfera pública. Sus relecturas a contracorriente de la historia uruguayo desde su mismo “origen”; la voluntad de religamiento con las

⁴ Así en 1990 se llevaron a cabo la transición democrática en Chile (1990) y Paraguay (1990), que vinieron a concluir las democratizaciones de Bolivia (1982), Argentina (1983), Uruguay (1985) y Brasil (1985).



alteridades arrinconadas históricamente por el Estado nacional, y el empleo de una retórica conversacional y digresiva, constituyen las marcas que convierten al ensayo de Achugar en un lugar privilegiado para leer las inquietudes del campo intelectual de la posdictadura uruguaya.

EL DESARME DE LAS MACRONARRATIVAS. LAS FÁBULAS DEL ORIGEN: UTOPOS Y EL ANTROPÓFAGO

En los debates iniciados en la democracia uruguaya se cruzan dos focos de intereses: por un lado, la evaluación de la reciente experiencia del terrorismo de estado, de la dictadura uruguaya, y por el otro, la consideración de la derrota de la izquierda armada. Sin confundir ambas experiencias, Achugar las pone en diálogo a la hora de releer el pasado. Esta *mirada bifocal* se percibe en dos de los relatos que hace del “origen” nacional en los que explora la “violencia” *fundatrix* y el inicio del discurso de la utopía, en los que hace una *crítica* a la dictadura pero también una *autocrítica* a la izquierda, formulando tanto un desarme de la violencia como de las macronarrativas:

(1) En el primer relato Achugar recupera el momento en que “los míticos charrúas” están “comiéndose a Solís” (*La balsa* 34). La fabulación de este origen, entre histórico y mítico, repone la violencia como punto inicial de una historia que culminará con la dictadura del 73, signando el decurso del devenir histórico (“Uruguay nace con un acto de violencia mayor, nace con un acto de antropofagia [...] En todo caso, nuestra historia –como muchas de América y Europa y del resto del planeta– se basa en la violencia” (34). Relee y reescribe el tropo del caníbal/antropófago/Calibán, cuya extensa y densa tradición en América Latina estuvo al servicio de una reflexión descolonizadora –basta recordar al antropófago de Oswald de Andrade o al Calibán de Fernández Retamar– desde un foco inédito: la antropofagia como el inicio de la violencia fundacional. La antropofagia leída, entonces, desde la crítica a la violencia política que atraviesa el campo de debates de la posdictadura, desde la búsqueda genealógica en la historia nacional de aquellos momentos de emergencia de políticas violentas en los cuales inscribir la última dictadura uruguaya.

(2) En *La balsa de la Medusa* fabula un relato sobre el inicio del Uruguay: Utopo visitó las tierras del futuro Uruguay pero decidió no establecer allí su reino dada la pequeñez del territorio, no obstante “regó ríos, arroyos, cañadas, bañados [...] con unas extrañas semillas que producen sueños perseverantes y alucinaciones perversas [...] Sueños de grandeza y, sobre todo, aspiraciones a fundar si no un país, un Estado perfecto” (34). Esta *fábula del origen* explora cierta soberbia inscripta en las grandes narraciones nacionales, cierto mesianismo en sus aspiraciones (que, además, contrasta con la pequeñez del territorio) cuyo decurso histórico desembocó en las utopías de la



década de los sesenta que permeó la misma generación de Achugar. Es un *relato de génesis* que narra la creación de un Estado-Paraiso-Perfecto, pero en cuyo centro la “soberbia” va a precipitar su “caída”. El vector deconstructivo de los macrorrelatos nacionales, activado por los debates locales en torno a la posmodernidad, vehiculizó este proceso de autocritica que interpelaba los ideales de la izquierda intelectual uruguaya de los sesenta. Achugar propone, sin embargo, reconstruir desde los escombros de los imaginarios nacionales la posibilidad de una “pequeña utopía” desde la cual pensar el futuro: no la utopía “en bandeja” (11).

La voluntad de examinar los imaginarios autocomplacientes y las narrativas autoritarias desde el lugar mismo del “origen” del Uruguay, la urgencia por narrar nuevamente la narrativa nacional, ahora desde el foco que le provee la experiencia de la dictadura y el fracaso de la izquierda armada, la decisión de emprender una incursión en la raíz marcan la profundidad y el alcance del corte histórico que la dictadura implicó, y la necesidad de edificar una narrativa *otra* desde otros parámetros. Esta revisión raigal y radical fue una marca de la literatura de la posdictadura en Uruguay visible, por ejemplo, en el interés de las narrativas históricas por revisar “a contrapelo” las gestas de la independencia en tanto “origen” del Estado nacional y el gobierno de Latorre como el “inicio” de la modernidad uruguaya para alumbrar en sus intersticios las políticas autoritarias: el genocidio de los charrúas durante la Independencia y la primera dictadura uruguaya con Latorre. Ya que ahora se trata de encontrar los antecedentes de la violencia del estado invirtiendo la narración, reescribiendo la prehistoria del siglo XIX como historia, colocando en el inicio de la nación-estado el etnocidio charrúa, seguido por las guerras fratricidas y el militarismo de Latorre, tal como se advierte en varias novelas. El origen se vuelve, entonces, una *distopía* a la cual es necesario regresar tanto para comprender la historia reciente como para proyectar un futuro.

Esta relectura crítica y autocrítica, genealógica y deconstructiva de los imaginarios nacionales, de los relatos del progreso y la utopía, apuntó, fundamentalmente, al denominado *imaginario batllista*. A fines del siglo XIX comenzaron a perfilarse los rasgos que serían característicos del Uruguay moderno. El impacto modernizador impulsado por los países centrales colocó a Uruguay ante un rápido proceso de transformaciones y puestas al día; el aluvión inmigratorio y el crecimiento demográfico reconfiguraron la nueva sociedad emergente. Ante estos desafíos se proyectó una idea de nación que perfilaba el primer modelo acabado de la identidad uruguaya. En torno a quien fuera Presidente de la República por dos períodos (1903-1907 y 1911-1915), José Batlle y Ordóñez, se consolidó este proceso identificatorio bajo los siguientes proyectos: definición de un nuevo modelo integrador ante la inmigración, el “crisol de razas”, que procuraba diluir las diferencias culturales a través, fundamentalmente, de la educación y la participación política; un marco nacional de desarrollo; una profunda transformación de las estructuras políticas con la renovación del Estado, la formación del sistema partidario moderno y



el desenvolvimiento de una cultura democrática; y la emergencia de un nuevo orden social. Se creaban, así, condiciones para establecer una identificación de la nación con la comunidad política, que se expresaba en un Estado representativo de la sociedad civil.

Estos procesos fueron conformando un imaginario anclado en las ideas de progreso, la marcha victoriosa del país y el desenvolvimiento de su riqueza; en la importancia de las instituciones democráticas y liberales; en la peculiaridad del Uruguay que lo diferenciaba de los conflictos de América Latina ya que carecía de un fuerte legado colonial y donde no existía una cultura indígena capaz de oponer resistencias a la civilización. Ello facilitaba su “cosmopolitismo” que lo acercaba a la cultura europea. Como resultado se exaltaba el carácter homogéneo de su población, lo que facilitaba la integración social.

El imaginario batllista fue interpelado y criticado, en especial por la generación del 45 (cuyo impulso crítico Achugar redescubre y reactiva), pero aun así perduró durante décadas mostrando su profundo arraigo en los uruguayos. De allí provinieron tópicos como “La Suiza de América”, “La Atenas del Plata”, “El campeón cultural de América”. En cambio, la última dictadura militar significó, de un modo más contundente, una ruptura de la continuidad histórica del Uruguay y un tajo, una herida de muerte a la imagen autocomplaciente de los uruguayos en sus valores democráticos. Esta fractura reordenó la historia del Uruguay que postulaba su origen en la edad dorada del batllismo, a fin de encontrar los antecedentes de la barbarie militar. Cambio de foco que ahora sitúa su mirada en el siglo XIX como lugar de origen de las políticas de la violencia: el etnocidio charrúa, el militarismo de Latorre, las guerras civiles. Puesta entre paréntesis de los alcances del gobierno de Batlle que ahora se presenta como un corte entre dos momentos históricos vinculantes.

El quiebre en los lazos identitarios y el corte que significó la dictadura con respecto a la teleología histórica condujeron –aunque parezca paradójico– a un notable regreso al pasado, a la necesidad de reconstruir otro pasado, de armar otro relato de la historia, de apropiarse nuevamente de una historia y de un imaginario que parecían en parte ajenos o que no lograban dar ya las respuestas y las claves que se les reclamaban. La voluntad de asimilar la experiencia de la dictadura como parte de la historia nacional y no como una excepción condujo a una lectura a contrapelo de la épica nacional; y la recuperación de algunas zonas del archivo nacional, no del todo presentes, sirvió a la vez para releer el pasado pero también para convocar el futuro.

LA REFUNDACIÓN RIZOMÁTICA DEL IMAGINARIO NACIONAL Y LAS MITOLOGÍAS DE AUSENCIA

La apertura democrática promovió una reivindicación de Uruguay como país pluriétnico y plurirreligioso que fragmentó el concepto unitario de una identidad nacional homogénea, característico del batllismo. Teresa Porzecanski describe ciertas tendencias



—dominantes en la década de 1980— que reinstalaron los temas de la “indianidad” y la “africanidad”, generalmente ignorados en la conformación de la identidad uruguaya y que ahora “alientan una intencionalidad más dirigida que antes a habilitar un espacio indio y protagónico en la(s) nueva(s) versión(es) de la historia nacional” (54). Estos aportes —provenientes tanto del discurso científico como del relato ficcional— constituyen para la autora “mitologías de ausencia” en tanto son “construcciones ficcionales tendientes a hacer notar un lugar vacío dentro de la elaboración de una identidad incompleta y no exenta de culpa” y revelan “la imperiosa necesidad de reconstruir una identidad mestiza para el país” (55) que lo acerque al resto de los países de América Latina.

Frente a las políticas de la violencia, la intolerancia y la exclusión que dominaron en la historia uruguaya reciente, la democracia se abre atenta a las alteridades tanto en el presente como en la historia. En esta línea, se revisaron, en especial, aquellas políticas proclives a imponer modelos uniformes que llevaron adelante las élites gobernantes del siglo XIX y XX y que facilitaron prácticas autoritarias: desde las campañas de exterminio de los indígenas bajo el imperativo de la civilización; la ideología del “crisol de razas” que diluía las diferencias traídas por los inmigrantes, hasta la doctrina de la Seguridad Nacional y los golpes militares como modos violentos de integración forzosa de los diversos sectores sociales.

Achugar retoma estas propuestas para hablar de una “débil heterogeneidad de nuestro país” (*La balsa* 61) que permita la coexistencia de la pluralidad de subculturas y la formación de una “pequeña gran cultura” desde la multiplicidad “tolerante y democrática” (89). Se trata de explorar nuevos modos de integración, convivencia y participación de los diferentes sectores a través de la negociación pacífica de los reclamos, desplazando cualquier imagen de una clase social con poderes revolucionarios/redentores o la figura del padre (militar) que viene a poner la casa en orden.

En sus relecturas del pasado, Achugar explora, por un lado, uno de los primeros ejercicios de la “violencia letrada” —a través de la exclusión de las voces de los negros, indios, mujeres, analfabetos, gauchos, esclavos— en su relectura de *El Parnaso Oriental* (1835-1837) de Luciano Lira, texto fundacional del imaginario nacional. Constituye una nueva cala en el origen, un regreso al pasado que el autor justifica —nuevamente— desde la posdictadura: “Pienso que la fractura de la memoria operada por las dictaduras del Cono Sur tiene mucho que ver con ésta mirada hacia atrás” (*La biblioteca* 99). Por otro lado, va nombrando aquellos sujetos que quedaron en la periferia de la ciudadanía, para así diagramar hacia el futuro una sociedad que contemple las diversas heterogeneidades integradas por “los mulatos, los negros, los mestizos, las mujeres no machistas y los gays uruguayos” (*La balsa* 61), para rearticular un origen plural, así la narración de la nación “deberá ser plural, masculina y femenina, letrada e iletrada, laica y religiosa, blanca y mestiza, cristiana, evangélica, metodista, judía y santera” (*La balsa* 36); o como exige en *Planetas sin boca* para proyectar una “fundación rizomática de la nación” (*Planetas* 123) que desarma las polaridades que tensaron la historia reciente en Uruguay.



LA RAZÓN COMUNICATIVA Y LAS POLÍTICAS DE LA CONVERSACIÓN

Hugo Achugar organizó –en varias ocasiones junto a Gerardo Caetano– una serie de coloquios en los inicios de la década de los noventa en Uruguay, que luego fueron publicados en compilaciones, tales como: *Cultura mercosur: política e industrias culturales* (Montevideo, Trilce, 1991); *Cultura(s) y nación en el Uruguay de fin de siglo*, ed. H. Achugar (Trilce, 1991); *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, comp. H. Achugar y G. Caetano, (Trilce, 1992); *Mundo, región, aldea. Identidades, políticas culturales e integración regional*, comp. H. Achugar y G. Caetano, (Trilce, 1994), entre otros.

Estos coloquios y sus posteriores compilaciones intentan, por un lado, rearmar una esfera pública disminuida, desarticulada, exiliada y censurada durante la dictadura uruguaya, un deseo por reintegrar sus miembros dispersos; y por el otro, los coloquios constituyen prácticas cuyo centro es el diálogo, la conversación, el debate. No sólo se trata de marcar rumbos, de seleccionar focos de discusión, de elegir temas; sino que junto a estos debates se abre el problema de encontrar y definir las prácticas intelectuales adecuadas y sus modos en el escenario de los noventa. El quiebre de la “razón emancipatoria” de los sesenta y la pérdida de la batalla de la izquierda revolucionaria en América Latina, fijan la necesidad de una amplia revisión de los valores e ideologías, pero también de los procedimientos discursivos orientados a la formación de opiniones, de las “condiciones pragmáticas del discurso”, de lo que Habermas llama la “razón comunicativa”, vinculada a un abanico de dimensiones como la sustitución de una *filosofía del sujeto* por una *filosofía intersubjetiva*; la atención a la *pragmática del discurso* al calor de las teorías de los Actos de habla de Austin y Searle; el desplazamiento y resignificación de esa pragmática del lenguaje para analizar las regulaciones de la esfera de la opinión pública; todas cuestiones que aceitan el ejercicio de una *comunicación intersubjetiva* y resultan útiles para pensar la escena intelectual de la posdictadura uruguaya. Más allá de las diferencias y disputas de Habermas con Richard Rorty, ambos apuestan a “la fuerza persuasiva del mejor argumento”, a la necesidad de articular un diálogo, a las prerrogativas de construir un consenso, una negociación, un acuerdo al interior de la esfera pública, a la voluntad de una comunicación sin “coerciones”, a la disposición “a conversar en vez de a combatir”.⁵

Los coloquios organizados por Achugar y las posteriores compilaciones evalúan, entonces, el modo más adecuado en que este debate debe realizarse, las condiciones de su enunciación, la “razón comunicativa” habermasiana. La experiencia de la dictadura

⁵ Las citas entrecomilladas están tomadas de: Habermas, Jürgen, “Derechos humanos y soberanía popular: las versiones liberal y republicana”; de Richard Bernstein, “Introducción” a *Habermas y la modernidad*; de Rorty, Richard, *Contingencia, ironía y solidaridad*; y de Rorty, Richard, *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos I* (en especial la Tercera Parte).

mostró los efectos paralizantes de un discurso que se impuso como la única verdad a la sociedad, obturando la libre expresión de la esfera pública, dejando como legado “la herencia perversa de aspirar a un saber unívoco y monolítico en que la divergencia es percibida como detestable y el interlocutor se vuelve abominable y abusivamente un otro, extraño o enemigo” (Viñar y Viñar 15). El debate, la conversación, el coloquio marcaron nuevos modos de intervención en la reapertura de la escena pública: los coloquios organizados por Hugo Achugar y Gerardo Caetano convocaron a participantes de diversas disciplinas, profesiones e instituciones —desde empresarios hasta poetas, pasando por especialistas en historia, en comunicación, agentes de instituciones estatales o privadas— ya que la acción comunicativa es intrínsecamente dialógica. Resulta una preocupación compartida por otros: Maren y Marcelo Viñar proponen “la riqueza de un diálogo controversial” (14), y el escritor Tomás de Mattos decreta el fin de aquellos “grandes pontífices que decían dónde estaba el bien y dónde el mal” (Mattos en Peyrou) como instancias superadoras del enfrentamiento entre ideologías fuertes, de la lucha como modo de saldar diferencias políticas. La conversación apela a la negociación —otra palabra clave— entre las partes que forman el cuerpo social, remite al modelo de una democracia participativa en la que sea posible negociar las diferencias sin apelar a la violencia. En *Planetas sin boca* Achugar describe de un modo impecable el “desarme” en la práctica comunicativa: “implica el desafío de transformar batalla en debate, debate en negociación,⁶ negociación en conversación. Y conversación viene de *conversari*, de vivir en compañía. Implica el desafío de transformar la imposición autoritaria resultante de toda batalla, en la conversación propia de toda negociación” (125).⁷

⁶ La preocupación en torno a la búsqueda de *consenso* y a la *negociación* entre diversas posiciones que atravesó las transiciones hacia las democracias en el Cono Sur adquirió diversas modulaciones entre las cuales no quisiera olvidar aquella que se vale de la búsqueda de cierto consenso y/o negociación para evitar una revisión del pasado dictatorial, con un efecto tranquilizador que ofrece estabilidad bajo el costo del silencio y del olvido. Postura que Achugar descarta visiblemente en sus trabajos sobre memoria. Cfr. por ejemplo Tomás Moulián, “La liturgia de la reconciliación”, y Carlos Ruiz “Democracia, consenso y memoria: una reflexión sobre la experiencia chilena”.

⁷ Este “desarme” del intelectual, este desarme de Calibán, tanto de las meganarrativas como de las prácticas intelectuales, fue articulado en primer lugar por el mismo Fernández Retamar en *Todo Calibán*, una de cuyas ediciones más importantes, la que lleva el prólogo de Frédric Jameson, es de 1989, bajo el clima del fin de la Guerra Fría, la caída del Muro de Berlín y el desplome del bloque soviético que precipitaron el deshielo cultural iniciado en los ochenta. Varios de los escritores del llamado *Nuevo ensayo cubano* también se ocuparon del desarme de Calibán, tanto del sistema de oposiciones como de su retórica guerrera. Mientras Antonio José Ponte reclama en *La fiesta vigilada* (2007) recuperar no una sola memoria, no una sola Habana, sino las nueve Troyas sepultadas; Rafael Rojas en *Isla sin fin* (1998) revisa los relatos del pasado y va colectando las memorias que se fueron intercalando en el texto cubano y que lo hacen diverso y múltiple, complejo y tensionado por corrientes y contracorrientes, tales como el discurso “afirmativo” y el “negativo”, los relatos del exilio y del insilio, del adentro y del afuera, de la cercanía y la lejanía; la narración de la “frustración republicana” y la de la “utopía insular”; la “razón instrumental” y la “razón emancipatoria”; los proyectos republicanos, liberales, democráticos, modernos, capitalistas.

LA “FORMA” DEL ENSAYO

La “forma” del ensayo (en el sentido adorniano) articulada por Achugar traduce estos saberes antitotalitarios de la derrota en el empleo de determinados procedimientos y modos del discurso y de la argumentación, como la interrogación, la digresión, el adversativo, la disyunción, el dilema y la duda que asedian su prosa.

Achugar extrae de la tradición del ensayo su carácter indefinido y abierto, que lo distancia de los requisitos de sistematicidad y totalidad para acercarse hacia un ensayo contaminado con la palabra poética, al que llama en *La balsa de la Medusa* “ensayo libérrimo”, pues se aleja del “estudio académico” sin intentar reflexiones “sistemáticas” ni “científicas” ni, menos aún, “globales o totalizantes”. Por el contrario se apropia del carácter “libérrimo” del ensayo que le permite mayor libertad para enhebrar sus ideas (“una dislocada narración posmoderna”) o, como él mismo dice, dar rienda suelta al “delirio de un poeta” (9). En *La biblioteca en ruinas* el carácter del ensayo se contamina ahora con un posmodernismo literario que aboga por los cruces culturales (Madonna con Onetti), así desborda los márgenes de la escritura académica en el cruce de los más variados procedimientos pertenecientes a diferentes modalidades discursivas, desde la prosa poética, los núcleos narrativos, el análisis filológico, hasta el zapping de los *massmedia*. Procura escapar a la función normativa de la Academia y al canon moderno “belletrístico”, y aboga por una democratización de la cultura desde una postura “antiapocalíptica” frente a los *massmedia* y los valores “vulgares”.

En este dúctil espacio del ensayo, Achugar interpela la escena de la posdictadura y reconvierte esos saberes en escritura y en forma, así la duda, lo incierto se vehiculizan en una prosa ágil y sincopada por constantes preguntas. Lo que no es nuevo en sus ensayos. Ya, por ejemplo, en *La biblioteca en ruinas*, la “pregunta” se ofrece como un acto ilocucionario privilegiado de la posdictadura, aquél que asume la “ruina de la biblioteca” y “el fin de una serie de proyectos sociales” (25). La pregunta pone en movimiento su prosa. Sería deseable encarar el análisis desde la pragmática del discurso para evaluar las significaciones de la interrogación, de la negación, del dilema en estos ensayos. Estoy pensando en las propuestas de Ducrot cuando interpreta estos actos ilocucionarios como modos de una enunciación polifónica y que acá apuntan a incluir la voz del otro o poner en duda la propia. Dice a propósito: “[L]a vieja biblioteca en

La polaridad se vuelve isla sin fin, archipiélago. Esta propuesta supone para Rafael Rojas un cambio en las políticas culturales y en los modos de intercambio intelectual, requiere recuperar la “urbanidad”, el “intercambio”, la “tolerancia” y la posibilidad de “convivencia” que dominaba las polémicas y debates intelectuales durante la República. Iván de la Nuez (1997) radicaliza este ejercicio de la apertura en la figura de un Calibán diaspórico que ha fugado de toda isla, no para radicarse en otro territorio, sino para deambular en el espacio posnacional y global, haciendo de la Fuga una geografía desde la cual rediseñar la cultura.



que hemos vivido y en la que hemos estado aprendiendo a leer presenta hoy un paisaje diferente: el de una biblioteca en transformación. Entre las ruinas de lo que fue y lo que todavía no es, sólo hay lugar para las preguntas” (19).

Hay algo barroco en la escritura de estos ensayos, cuyo centro lo ocupa una duda y una falta que da lugar a una proliferación no sólo de índole estilística, sino también argumentativa, el modo de argumentar es barroco, proliferante, con digresiones. Achugar afirma una tesis para inmediatamente cuestionarla, interrogarla, ponerla a prueba, o derivarla en otras líneas de su reflexión, por otras vías. No se trata de la elipse ni de la elipsis barroca, Achugar diseña un mapa con cruces, calles paralelas o de doble mano (“¿Té o café? Sí, por favor” [*Planetas* 14]), bifurcaciones y, sobre todo, diagonales, sí diagonales para esta forma del razonamiento que crece y se alimenta del diálogo y del agón, porque pelea contra sus propias convicciones no para cancelar el significado y darse a la deriva, sino para cercar los problemas y ofrecer propuestas, para conjurar las pobrezas de toda certeza. Formular las preguntas, encontrar los problemas, asediar los conflictos se vuelve casi más importante que alcanzar las respuestas. Y las respuestas siempre adolecen de alguna falta: “Es decir, ni lo uno, ni lo otro sino algo más o algunas muchas cosas más” (15).

De este modo, como intelectual y como ensayista, Achugar pone en crisis el rol del *legislador moderno*, y se acerca al *intérprete posmoderno* (Bauman) capaz de articular los saberes inciertos y antiautoritarios de la derrota y del desarme. En su ensayo “Espacios inciertos, efímeros” recupera la figura de Calibán, colocándose así en la tradición del intelectual comprometido con la realidad latinoamericana, no hay duda; pero también le ejerce una torsión a esa tradición al ubicarlo en el contexto de la posdictadura de los años noventa: lo que significa situarlo en un escenario de “espacios inciertos”; trocar el maldecir y la “violencia” por la conversación; diseminar las polarizaciones en polifurcaciones y digresiones; desarmar la oposición amigo-enemigo en una refundación rizomática de la nación.



BIBLIOGRAFÍA

- Amar Sánchez, Ana María. *Instrucciones para la derrota. Narrativas éticas y políticas de perdedores*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2010.
- Achugar, Hugo. *La balsa de la medusa*. Montevideo: Trilce, 1992.
- _____. *La biblioteca en ruinas*. Montevideo: Trilce, 1994.
- _____. *Planetas sin boca. Escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura*. Montevideo: Trilce, 2004.
- _____. y otros. *Cultura mercosur. (Política e industrias culturales)*. Hugo Achugar, coord. Montevideo: Trilce, 1991.
- _____. y otros. *Cultura(s) y nación en el Uruguay de fin de siglo*. Hugo Achugar, ed. Montevideo: Trilce, 1991.
- Álvarez, Luciano y otros. *Mundo, región, aldea. Identidades, políticas culturales e integración regional*. Hugo Achugar y Gerardo Caetano, comps. Montevideo: Trilce, 1994.
- Andacht, Fernando. *Signos reales del Uruguay imaginario*. Montevideo: Trilce, 1992.
- Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción posdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000.
- Bauman, Zygmunt. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Bernstein, Richard. "Introducción". *Habermas y la modernidad*. Madrid: Cátedra, 1988. 13-61.
- Beverly, John. *Against Literature*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1993.
- Caetano, Gerardo. *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Mercosur*. Montevideo: Fin de Siglo, 1994.
- Caetano, Gerardo y José Rilla. *Breve historia de la dictadura*. Montevideo: CLAEH, 1991.
- _____. y otros. *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Hugo Achugar y Gerardo Caetano, comps. Montevideo: Trilce, 1992.
- Castañeda, Jorge. *La utopía desarmada. El futuro de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Ariel, 1993.
- Cosse, I. y V. Markarian. *1975: Año de la Orientalidad. Identidad, memoria e historia en una dictadura*. Montevideo: Trilce, 1996.
- De la Nuez, Iván. "De la tempestad a la intemperie. Travesías cubanas en el poscomunismo". *Paisajes después del Muro. Disidencias en el poscomunismo diez años después de la caída del muro de Berlín*. Iván de la Nuez, ed. Barcelona: Península, 1999. 163-175.
- _____. "El destierro de Calibán. Diáspora de la cultura cubana en los '90 en Europa". *Encuentro de la cultura cubana* 4/5 (primavera-verano, 1997): 137-145.



- _____. "Inundación". *Paisajes después del muro. Disidencias en el poscomunismo diez años después de la caída del muro de Berlín*. Ivén de la Nuez, ed. Barcelona: Península, 1999. 9-20.
- Ette, Omar y otros. *Poéticas del fracaso*. Yvette Sánchez y roland Spiller, eds. Tubinga: Guner Narr Verlag, 2009.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*. Buenos Aires: La Pléyade, 1984.
- _____. *Todo Calibán*. Puerto Rico: Ediciones Callejón, 2003.
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: FCE, 2003.
- Habermas, Jürgen. "Derechos humanos y soberanía popular: las versiones liberal y republicana". *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad*. Félix Ovejero Lucas, Josep Lluís Martí Mármol y Roberto Gargarella, comps. Barcelona: Paidós, 2004. 191-206.
- Jameson, Fredic. "Foreword". Roberto Fernández Retamar. *Calibán and Other Essays*. Minneapolis, 1989.
- Moulián, Tomás. "La liturgia de la reconciliación". *Políticas y estéticas de la memoria*. Nelly Richard, comp. Santiago: Cuarto Propio, 2000. 23-25.
- Mudrovic, María Eugenia. *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997.
- Petras, James. "La izquierda devuelve el golpe". 11 abril 1997. <www.rebellion.org/hemeroteca/petras/perasindice.htm>.
- Peyrou, Rosario. "Con Tomás de Mattos. 'No quiero ser juez de la historia'". *El País Cultural* 144 (1992): 1-2.
- Porzecanski, Teresa. "Uruguay a fines del siglo XX: mitologías de ausencia y de presencia". *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Hugo Achugar y Gerardo Caetano, eds. Montevideo: Trilce, 1992. 49-61.
- Rojas, Rafael. *Isla sin fin. Contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Miami: Universal, 1998.
- Rorty, Richard. *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós, 1991.
- _____. *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos I*. Barcelona: Paidós, 1991.
- Ruiz, Carlos. "Democracia, consenso y memoria: una reflexión sobre la experiencia chilena". *Políticas y estéticas de la memoria*. Nelly Richard, comp. Santiago: Cuarto Propio, 2000.
- Timothy Wickham-Crowley. *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*. Princeton: Princeton UP, 1992.
- Viñar, Maren y Marcelo Viñar. *Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria por venir*. Montevideo: Trilce, 1993.

